

ct

56 verdes diferentes

de
Beatrice Bergamín

(fragmento en castellano)

Personajes

Yo

Un niño

(Duración aproximada de la puesta en escena: 120 minutos)

CAPÍTULOS

I - OTOÑO

II - INVIERNO

III - PRIMAVERA

IV - VERANO

LUGAR / ESPACIO escénico

Aquí estoy, en este bosque. En la foto el bosque parece estar detenido, sin embargo, cambia de aspecto, de luz, de temperatura, de sonido. Lo sé por qué estoy dentro y, desde dentro, lo miro. El bosque, como todo (y yo), se transforma.



Foto: Beatrice Bergamín “Mi bosque no es mío” (Cercedilla, 2024)

Aun no podéis verla, pero a mi derecha hay una bañera.

A mi izquierda, una televisión.

Dentro de la bañera está mi cuerpo - ¿desnudo? – .

Tengo el pelo larguísimo y se desborda por fuera de la bañera, hasta el suelo.

Mi pelo crece ostensiblemente a lo largo del *tiempo de representación*.

Al fondo (escondida) hay una mesa de disección.

I OTOÑO

*Suena íntegra la canción lo so che ti amerò
de Ornella Vanoni, Vinicius de Moraes y Toquinho*

YO

A todas las que han venido a verme, hoy.

El forense que me hizo la autopsia es un hombre de mar y de teatro.

Cuando nos conocimos, él había fracasado ya dos veces.

(Las mías no las he contado).

Dos veces intentó quitarse la vida

y las dos veces fracasó.

Más tarde, decidió estudiar la carrera de medicina y especializarse en medicina forense.

El forense que me hizo la autopsia certificó que mi muerte había sido:

Lenta como la de un árbol centenario que se apaga, como la de una ola que rompe en una playa sembrada de plásticos, como la de una actriz que pierde la memoria, los papeles, la voz y la palabra, la dignidad y las ilusiones.

Y apuntó como probable causa de muerte:

Un arrebató violento de corazón desierto descongelado a velocidad inadecuada.

Eso certificó.

Y rubricó el informe con una firma escueta.

Yo hubiera añadido al escrito: “un corazón desilusionado que comienza a licuarse por y para parecerse más a sus coetáneos”.

Pero, las muertas no tenemos la palabra.

El forense también escribió en el papel oficial que:

“Al abrir el cuerpo de la finada se han encontrado los siguientes objetos y sujetos: 56 verdes diferentes, una ventana cerrada, una casa de madera quemada, un perro moviendo la cola, un libro de poesía muy subrayado, un litro y medio de agua de poza contaminada, un cielo estrellado de verano, una butaca de teatro (la asignada), una playa de Tailandia con tortugas, dos croquetas de pollo precongeladas con una capa superficial de fina escarcha, 102 micro lágrimas artificiales, 5 peces invertebrados nadando en las cuencas de los ojos, una niña subida a un castaño, un castaño con una niña subida, pelos de caballo en la garganta, uñas de gaviota en las orejas, las flores del mal enredadas en el pelo, pedúnculos de bellotas mordisqueados, un programa de mano hecho pedazos, gotitas sueltas de pis de ardilla, una risa de hijo muy usada en la bóveda del paladar, dos suspiros prensados (de su padre anciano) entre los dientes, granos de sal en las pestañas, 800 gramos de frío invernal (sin digerir) en el estómago, un ordenador Intel Inside de 2022 atravesado entre pecho y espalda, y un hombre dándole la espalda”.

El forense que me hizo la autopsia salió del Hospital de Guadarrama a las 18,15 horas después de dejar el informe sobre la mesa de su jefe, que ya no estaba en su despacho.

Condujo 50 minutos.

En Madrid, dejó el coche en el parking disuasorio de Ciudad Universitaria y cogió un *Uber* hasta la puerta del teatro. Disfrutó de la función, aunque no entendió casi nada.

No fue al ambigú del teatro a ver la exposición de dibujos.

No compró el libro con el texto publicado.

No tomó nada en el cóctel post función.

Al día siguiente, su jefe del Hospital de Guadarrama le pidió explicaciones por ese informe *cero* científico que había dejado en la mesa del despacho.

El forense no dio explicaciones.

Ninguna explicación.

Su jefe firmó una carta de despido.

Inmediato, y sin derecho a paro.

El forense lo perdió todo.

Pero no a sí mismo.

Ahora vive en un bosque casi igual al mío.

El bosque en el que yo misma conté 56 verdes diferentes en el horizonte.

Y después, me quedé dormida para siempre.

Si quieren saber más, hablen con él, sigue vivo.

26 de septiembre. Atardecer. Bosque. ¹

El autillo canta.

Encuentro la manera de no encontrar

a otras personas

en mi camino.

Recorro senderos pequeños.

Huyo de: el gran camino.

Si no me muevo, los pájaros y otros seres
cantan.

Si me muevo, otros seres y los pájaros
callan.

Así que...

me quedo inmóvil.

Escucho.

El bosque respira por sí solo.

Yo no le hago falta para nada.

El bosque y yo estamos solos.

Solas.

Juntos.

Juntas.

¹ La fecha indicada, tanto esta como las sucesivas, son enunciadas por una voz (grabada) en off, similar a la voz que nos “asalta” en los autobuses interurbanos de la EMT.

Y por separado.

No sigo senda ni camino alguno.

Para sentir los giros de la tierra elijo la inacción.

La quietud, para encontrar el equilibrio.

Sobre la tierra: mis huesos.

Bajo mis huesos: la Tierra.

Sus giros vibran dentro de mis oídos, de los ojos, de la boca, de los pies erguidos hacia el cielo, sutilmente ladeados a derecha e izquierda.

Aquí, tumbada, presiento la vocación de mis pasos.

No ir a ninguna parte

es el rumbo elegido.

Quedarme aquí.

Y apaciguar el miedo.

Muevo los ojos a pesar mío.

Me resigno

a la mirada de mis ojos prófugos.

Trato de contar cuántos verdes diferentes alcanza mi horizonte.

Quiero mirar.

Mirar

con los otros ojos,

con *gli occhi dell'anima*.

Para dejar de ver la nada que se mete en todo.

Para regresar a mi silencio, a mi cuerpo sólo entre tantos cuerpos desconocidos.

No es fácil, pero es lo natural.

Pensar en mis padres me entristece
muchísimo.

Pensar en mi hijo, muchísimo más.

Me consuelo aquí, en el suelo.

No voy a moverme.

Que se muevan los otros, que la Tierra siga (y seguirá sin mí) girando de este a oeste en sentido antihorario.

Siento la espesura como un abrazo sólido.

Un abrazo real, no imaginario.

Tan mayor... y siempre empezando.

Voy a quedarme aquí 23 horas, 56 minutos y 4 segundos.

Pensando en ellos.

En mis padres.

En mi hijo.

Sigo viva y aquí sigo.

Aquí vivo.

Aquí voy a sentir el tiempo y el cambio.

Sin remordimientos.

Aquí voy a vivir

lo irreversible.

Aquí,

voy a sentir lo inevitable.

Lo entenderán. ¿Lo entenderán?